

VOCES
DE
HISPANOAMERICA

ANTOLOGIA LITERARIA



RAQUEL CHANG-RODRIGUEZ
THE CITY COLLEGE — CITY UNIVERSITY OF NEW YORK

MALVA E. FILER
BROOKLYN COLLEGE — CITY UNIVERSITY OF NEW YORK



Heinle & Heinle Publishers, Inc.
Boston, Massachusetts 02116 U.S.A.

Publisher: Stanley J. Galek
Editorial Director: Janet L. Dracksdorf
Production Editor: Paula Di Camillo
Production Manager: Erek Smith
Production Coordinator: Patricia Jalbert
Cover Design: Paola Di Stefano
Marbled paper by Iris Nevins, © 1987
Text Design: Catherine L. Dorin

Copyright © 1988 by Heinle & Heinle Publishers, Inc.

All rights reserved. No part of this publication may be reproduced or transmitted in any form or by any means, electronic or mechanical, including photocopy, recording, or any information storage or retrieval system, without permission in writing from the publisher.

Manufactured in the United States of America

ISBN 0-8384-1603-9

10 9 8 7 6 5 4 3

INDICE DE MATERIAS

Preface	xi
1. DEL DESCUBRIMIENTO A LA INDEPENDENCIA (1492–1824)	1
1.1 <i>De la tradición oral a la escritura</i>	2
1.2 <i>Tempranas influencias europeas</i>	3
1.3 <i>La invención de América</i>	4
1.4 <i>Los primeros escritores indoamericanos</i>	5
1.5 <i>La representación de la realidad americana</i>	5
1.6 <i>El apogeo de la literatura colonial</i>	6
1.7 <i>Encuentro y pugna de diversos estilos</i>	8
LOS ESCRITORES	
Cristóbal Colón (1451–1506)	11
Carta a Luis de Santangel	13
Bartolomé de las Casas (1484–1566)	15
Historia de las Indias	17
Bernal Díaz del Castillo (c. 1495–1584)	24
Historia verdadera de la conquista de la Nueva España	26
Alonso de Ercilla y Zúñiga (1533–1594)	36
La Araucana	38
El Inca Garcilaso de la Vega (1539–1616)	55
Comentarios Reales de los Incas	57
Juan del Valle Caviedes (c. 1645–c. 1697)	64
Coloquio que tuvo con la muerte un médico estando enfermo de riesgo	66
Privilegios del pobre	67
Para labrarse fortuna en los palacios	67
A una dama en un baño	68

- Iñigo Madrigal, Luis. "José Joaquín Fernández de Lizardi". *Del neoclasicismo al modernismo*. Coord. Luis Iñigo Madrigal. Madrid: Cátedra, 1987. Vol. 2 de *Historia de la literatura hispanoamericana*. 2 Vols. 1982-87. 145-53.
- Lozano, Carlos. "El Periquillo Sarniento y la Histoire de Gil Blas de Santillane". *Revista Iberoamericana* 20 (1955): 263-74.
- Solis, Emma. *Lo picaresco en las novelas de Fernández de Lizardi*. México: Lim, 1952.
- Spell, Jefferson Rea. "The Historical and Social Background of *El Periquillo Sarniento*". *The Hispanic American Historical Review* 36, (1956): 447-70.
- . "The Intellectual Background of Lizardi as Reflected in *El Periquillo Sarniento*". *PMLA* 71 (1956): 414-32.

El Periquillo¹ Sarniento

En el que refiere Periquillo cómo se acomodó con el Doctor Purgante; lo que aprendió a su lado; el robo que le hizo: su fuga, y las aventuras que le pasaron en Tula, donde se fingió médico

"Ninguno diga quién es, que sus obras lo dirán". Este proloquio es tan antiguo como cierto; todo el mundo está convencido de su infalibilidad; y así ¿qué tengo yo que ponderar mis malos procederés cuando con referirlos se ponderan? Lo que apeteciera, hijos míos, sería que no leyeráis mi vida como quien lee una novela, sino que pararais la consideración más allá de la cáscara de los hechos, advirtiendo los tristes resultados de la holgazanería, inutilidad, inconstancia y demás vicios que me afectaron; haciendo análisis de los extrañados sucesos de mi vida, indagando sus causas, temiendo sus consecuencias y desechando los errores vulgares que veis adoptados por mí y por otros; em-
10 papándoos en las sólidas máximas de la sana y cristiana moral que os presentan a la vista mis reflexiones, y en una palabra, desearía que penetrarais en todas sus partes la substancia de la obra; que os divirtierais con lo ridículo; que conocierais el error y el abuso para no imitar el uno ni abrazar el otro, y que donde hallarais algún hecho virtuoso os enamorarais de su dulce fuerza
15 y procurarais imitarlo. Esto es decir, hijos míos, que deseara que de la lectura de mi vida sacarais tres frutos, dos principales y uno accesorio: amor a la virtud, aborrecimiento al vicio y diversión. Ese es mi deseo, y por esto, más que por otra cosa, me tomo la molestia de escribiros mis más escondidos crímenes y defectos; si no lo consiguere, moriré al menos con el consuelo de
20 que mis intenciones son laudables. (Basta de digresiones, que está el papel caro.)

Quedamos en que fui a ver al doctor Purgante,² y en efecto, lo hallé una tarde después de siesta en su estudio, sentado en una silla poltrona, con un

1. Periquillo: diminutivo de Pedro; también quiere decir loro.

2. Doctor Purgante: Monsieur Purgon, mé-

dico ridículo en la obra *Le malade imaginaire* del francés Molière.

libro delante y la caja de polvos a un lado. Era este sujeto alto, flaco de cara
25 y piernas, y abultado de panza, trigueño y muy cejudo, ojos verdes, nariz de caballete,³ boca grande y despoblada de dientes, calvo, por cuya razón usaba en la calle peluquín con bucles. Su vestido, cuando lo fui a ver, era una bata hasta los pies, de aquellas que llaman *de quimones*, llena de flores y ramaje, y un gran birrete muy tieso de almidón y relumbroso de la plancha.

30 Luego que entré me conoció y me dijo:

—¡Oh, Periquillo, hijo! ¿por qué extraños horizontes has venido a visitar este tugurio?⁴

No me hizo fuerza⁵ su estilo, porque ya sabía yo que era muy pedante, y así le iba a relatar mi aventura con intención de mentir en lo que me pare-
35 ciera; pero el doctor me interrumpió, diciéndome:

—Ya, ya sé la turbulenta catástrofe que te pasó con tu amo, el farmacéu-
tico. En efecto, Perico, tú ibas a despachar en un instante el pacato⁶ paciente del lecho al féretro improvisadamente, con el trueque del arsénico por la magnesia. Es cierto que tu mano trémula y atolondrada tuvo mucha parte de
40 la culpa, mas no la tiene menos tu preceptor, el *fármaco*,⁷ y todo fue por seguir su capricho. Yo le documenté que todas estas drogas nocivas y *venenáticas*⁸ las encubriera bajo una llave bien segura que sólo tuviera el oficial más diestro, y con esta asidua diligencia se evitarían estos equívocos mortales; pero a pesar de mis insinuaciones, no me respondía más sino que eso
45 era particularizarse e ir contra la escuela de los *fármacos*, sin advertir que es propio del sabio mudar de parecer, *sapientis est mutare consilium*⁹, y que la costumbre es otra naturaleza, *consuetudo est altera natura*. Allá se lo haya. Pero dime, ¿qué te has hecho tanto tiempo? Porque si no han fallado las noticias que en alas de la fama han penetrado mis *aurículas*¹⁰, ya días hace que te
50 lanzaste a la calle de la oficina de Esculapio.

—Es verdad, señor,—le dije,—pero no había venido de vergüenza, y me ha pesado porque en estos días he vendido para comer mi capote, chupa y pañuelo.

—¡Qué estulticia!¹¹—exclamó el doctor;—la *verecundia*¹² es muy
55 buena, *optime bona*, cuando la origina crimen de *cogitatis*; mas no cuando se comete *involuntaria*, pues si en aquel *hic te nunc*, esto es, en aquel acto, supiera el individuo que hacía mal, *absque dubio*,¹³ se abstendría de comerlo. En fin, hijo carísimo, ¿tú quieres quedarte en mi servicio y ser mi *consodal in perpetuum*, para siempre?

3. Nariz de pico.

4. Casa muy pobre.

5. No me afectó.

6. Tranquilo.

7. Farmacéutico.

8. Venenosas.

9. En la literatura satírica, los médicos inter-

polan en su conversación muchas frases en latín para reafirmar su sapiencia. El latín del Dr. Purgante y de Periquillo es muy malo.

10. Orejas.

11. Necedad, estupidez.

12. Vergüenza.

13. Sin duda.

60 —Sí, señor—le respondí.

—Pues bien. En este *domo*, casa, tendrás desde luego, o en primer lugar, *in primis*, el *panem nostrum quotidianum*, el pan de cada día; a más de esto, *aliunde*, lo potable necesario; *tertio*, la cama, *sic vel sic*, según se proporcione; *quarto*, los tegumentos exteriores heterogéneos de tu materia física,¹⁴ *quinto*, asegurada la parte de la higiene que apetecer puedes, pues aquí se tiene mucho cuidado con la dieta y con la observancia de las seis cosas naturales y de las seis no naturales prescritas por los hombres más luminosos de la facultad médica; *sexto*, beberás la ciencia de Apolo¹⁵ *ex ore meo ex visu tuo y ex biblioteca nostra*, de mi boca, de tu vista y de esta librería; por último, *postremo*, contarás cada mes para tus *surrupios* o para *quodcumque velis*, esto es, para tus cigarros o lo que se te antoje, quinientos cuarenta y cuatro maravedís limpios de polvo y paja, siendo tu obligación solamente hacer los mandamientos de la señora mi hermana; observar *modo naturalistarum*, al modo de los naturalistas, cuando estén las aves *gallináceas* para *oviparar* y recoger los albos huevos, o por mejor decir, los pollos por ser, o *in fieri*; servir las viandas a la mesa, y finalmente, y lo que más te encargo, cuidar de la refacción¹⁶ ordinaria y *puridad*¹⁷ de mi mula, a quien deberás atender y servir con más prolijidad¹⁸ que a mi persona.

He aquí ¡oh caro Perico! todas tus obligaciones y comodidades en *sinopsium* o compendio. Yo, cuando te invité con mi pobre *tugurio* y consorcio, tenía el-deliberado ánimo de poner un laboratorio de química y botánica; pero los continuos desembolsos que he sufrido me han reducido a la pobreza, *ad inopiam*, y me han frustrado mis primordiales designios; sin embargo, te cumplo la palabra de admisión, y tus servicios los retribuiré justamente, porque *dignus est operarius mercede sua*, el que trabaja es digno de la paga.

Yo, aunque muchos terminotes no entendí, conocí que me quería para criado entre de escalera abajo y de arriba,¹⁹ advertí que mi trabajo no era demasiado; que la conveniencia no podía ser mejor y, que yo estaba en el caso de admitir cosa menos,²⁰ pero no podía comprender a cuánto llegaba mi salario; por lo que le pregunté, que por fin cuánto ganaba cada mes. A lo que el doctorete, como enfadándose me respondió:—¿Ya no te dije *claris verbis*, con claridad, que disfrutarías quinientos cuarenta y cuatro maravedís?²¹

—Pero, señor—insté yo,—¿cuánto montan en dinero efectivo quinientos cuarenta y cuatro maravedís? Porque a mí me parece que no merece mi trabajo tanto dinero.

—Sí merece, *stultissime famule*, mozo atontadísimo, pues no importan esos centenares más que dos pesos.

14. Ropa.

15. Apolo: dios de la poesía y de la medicina.

16. Alimento.

17. Limpieza.

18. Atención.

19. El criado que hace de todo.

20. Estaba tan necesitado que no podía rechazar la oferta.

21. Moneda de escaso valor.

—Pues bien, señor doctor—le dije,—no es menester incomodarse; ya sé que tengo dos pesos de salario, y me doy por muy contento, sólo por estar en compañía de un caballero tan *sapiente* como usted, de quien sacaré más provecho con sus lecciones que no con los polvos y mantecas de don Nicolás.²²

—Y como que sí, dijo el señor Purgante; pues yo te abriré, como te aplico, los palacios de Minerva,²³ y será esto premio superabundante a tus servicios, pues sólo con mi doctrina conservarás tu salud luengos años, y acaso, acaso te contraerás algunos intereses y estimaciones.

Quedamos corrientes desde ese instante, y comencé a cuidar de lisonjearlo, igualmente que a su señora hermana, que era una vieja beata, Rosa, tan ridícula como mi amo, y aunque yo quisiera lisonjear a Manuelita, que era una muchachilla de catorce años, sobrina de los dos y bonita como una plata, no podía, porque la vieja condenada la cuidaba más que si fuera de oro, y muy bien hecho.

Siete u ocho meses permanecí con mi viejo, cumpliendo con mis obligaciones perfectamente; esto es, sirviendo la mesa, mirando cuándo ponían las gallinas, cuidando la mula y haciendo los mandados. La vieja y el hermano me tenían por un santo, porque en las horas que no tenía qué hacer me estaba en el estudio, según las sólitas concedidas, mirando las estampas anatómicas del Porras,²⁴ del Willis y otras, y entreteniéndome de cuando en cuando con leer aforismos de Hipócrates, algo de Boerhave y de Van Swieten; el Etmulero, el Tissot, el Buchan, el Tratado de tabardillos, por Amar, el Compendio anatómico de Juan de Dios López, la Cirugía de La Faye, el Lázaro Riverio y otros libros antiguos y modernos, según me venía la gana de sacarlos de los estantes.

Esto, las observaciones que yo hacía de los remedios que mi amo recetaba a los enfermos pobres que iban a verlo a su casa, que siempre eran a poco más o menos, pues llevaba como regla el trillado refrán de “como te pagan vas”, y las lecciones verbales que me daba, me hicieron creer que yo sabía medicina, y un día que me riñó ásperamente, y aun me quiso dar de palos porque se me olvidó darle de cenar a la mula, prometí vengarme de él y mudar de fortuna de una vez.

Con esta resolución, esa misma noche le di a doña mula ración doble de maíz y cebada, y cuando estaba toda la casa en lo más pesado de su sueño, la ensillé con todos sus arneses, sin olvidarme de la gualdrapa; hice un lío en el que escondí catorce libros, unos truncos, otros en latín y otros en castellano; porque yo pensaba que a los médicos y a los abogados los suelen acreditar los muchos libros, aunque no sirvan o no los entiendan; guardé en el

22. Farmacéutico para quien Periquillo había trabajado antes (II, xi).

23. Diosa latina de la sabiduría.

24. Nombres de médicos y autores de trata-

dos de medicina de los siglos XVII y XVIII; Hipócrates es el más famoso de los médicos de la Antigüedad.

dicho maletón la capa de golilla y la golilla misma de mi amo, juntamente con una peluca vieja de pita,²⁵ un formulario de recetas, y lo más importante, sus títulos de bachiller en medicina y la carta de examen, cuyos documentos los hice míos a favor de una navajita y un poquito de limón, con lo que raspé y borré lo bastante para mudar los nombres y las fechas.

No se me olvidó habilitarme de monedas, pues aunque en todo el tiempo que estuve en la casa no me habían pagado nada de salario, yo sabía en dónde tenía la señora hermana una alcancía en la que rehundía lo que cenaba del gasto, y acordándome de aquello de que quien roba al ladrón, etc., le robé la alcancía diestramente; la abrí y vi con la mayor complacencia que tenía muy cerca de cuarenta duros, aunque para hacerlos caber por la estrecha rendija de la alcancía los puso blandos.²⁶

Con este viático²⁷ tan competente, emprendí mi salida de la casa a las cuatro y media de la mañana, cerrando el zaguán y dejándoles la llave por debajo de la puerta.

A las cinco o seis del día me entré en un mesón, diciendo que en el que estaba había tenido una mohina²⁸ la noche anterior y quería mudar de posada.

Como pagaba bien, se me atendía puntualmente. Hice traer café, y que se pusiera la mula en caballeriza, para que almorzara harto.

En todo el día no salí del cuarto, pensando a qué pueblo dirigiría mi marcha y con quién, pues ni yo sabía los caminos ni pueblos, ni era decente aparecerse sin equipaje ni mozo.

En estas dudas, dio la una del día, hora en que me subieron de comer, y en esta diligencia estaba cuando se acercó a la puerta un muchacho a pedir por Dios un bocadito.

Al punto que lo vi y lo oí, conocí que era Andrés, el aprendiz de casa de don Agustín,²⁹ muchacho, no sé si lo he dicho, como de catorce años, pero de estatura de diez y ocho. Luego luego³⁰ lo hice entrar, y a pocas vueltas de conversación me conoció, y le conté como era médico y trataba de irme a algún pueblecillo a buscar fortuna, porque en México había más médicos que enfermos; pero que me detenía carecer de un mozo fiel que me acompañara y que supiera de algún pueblo donde no hubiera médico.

El pobre muchacho se me ofreció y aun me rogó que lo llevara en mi compañía, que él había ido a Tepejí del Río³¹ en donde no había médico y no era pueblo corto, y que si nos iba mal allí, nos iríamos a Tula³² que era pueblo más grande.

25. Fibra blanca que se obtiene del maguey.

26. Como empujó con fuerza los duros para que cupieran en la alcancía, los "ablandó" (juego de palabras).

27. Dinero para viajes, hospedaje y alimento.

28. Problema.

29. Don Agustín: barbero en cuya casa Peri-

quillo había vivido (II, xi).

30. Inmediatamente.

31. Tepejí del Río: pueblo pequeño cercano a Tula en el estado de Hidalgo.

32. Tula: ciudad a unos ochenta kilómetros de México, famosa por sus ruinas toltecas.

Me agradó mucho el desembarazo de Andrés, y habiéndole mandado subir que comer, comió el pobre con bastante apetencia, y me contó³³ cómo se estuvo escondido en un zaguán, y me vio salir corriendo de la barbería, y a la vieja tras de mí con el cuchillo; que yo pasé por el mismo zaguán donde estaba, y a poco de que la vieja se metió a su casa, corrió a alcanzarme, pero que no le fue posible; y no lo dudo; ¡tal corría yo cuando me espoleaba el miedo!

Díjome también Andrés, que él se fue a su casa y contó todo el pasaje; que su padraastro lo regañó y lo golpeó mucho, y después lo llevó con una corma a casa de don Agustín; que la maldita vieja, cuando vio que yo no parecía, se vengó con él levantándole tantos testimonios que se irritó el maestro demasiado, y dispuso darle un novenario de azotes,³⁴ como lo verifiqué, poniéndolo en los nueve días hecho una lástima, así por los muchos y crueles azotes que le dio, como por los ayunos que le hicieron sufrir al traspaso; que así que se vengó a su satisfacción la inicua vieja, lo puso en libertad quitándole la corma, echándole su buen sermón, y concluyendo con aquello de *cuidado con otra*; pero que él, luego que tuvo ocasión, se huyó de la casa con ánimo de salirse de México, y para esto se andaba en los mesones pidiendo un bocadito y esperando coyuntura de marcharse con el primero que encontrase.

Acabó Andrés de contarme todo esto mientras comió, y yo le disfracé mis aventuras haciéndole creer que me había acabado de examinar en medicina; que ya le había insinuado que quería salir de esta ciudad, y así que me lo llevaría de buena gana, dándole de comer y haciéndole pasar por barbero en caso de que no lo hubiera en el pueblo de nuestra ubicación.

—Pero, señor—decía Andrés,—todo está muy bien; pero si yo apenas sé afeitar un perro, ¿cómo me arriesgaré a meterme a lo que no entiendo?

—Cállate—le dije,—no seas cobarde: sábetete que *audaces fortuna juvat, timidosque repellit*...

—¿Qué dice usted, señor, que no lo entiendo?

—Que a los atrevidos—le respondí,—favorece la fortuna, y a los cobardes los desecha; y así no hay que desmayar; tú serás tan barbero en un mes que estés en mi compañía, como yo fui médico en el poco tiempo que estuve con mi maestro, a quien no sé bien cuánto le debo a esta hora.

Admirado me escuchaba Andrés, y más lo estaba al oírme disparar mis latinajos con frecuencia, pues no sabía que lo mejor que yo aprendí del doctor Purgante fue su pedantismo y su modo de curar *methodus medendi*. [...]

[Periquillo y Andrés abandonan la ciudad de México y se establecen en Tula, el primero como médico y el segundo como maestro barbero.]

33. Periquillo había servido en la casa del barbero pero por haber hablado mal de su esposa, ésta lo echó de la casa muy eno-

jada (II, xi).

34. Azotarlo por nueve días.

Como no se me habían olvidado aquellos principios de urbanidad que me enseñaron mis padres, a los dos días, luego que descansé, me informé de quiénes eran los sujetos principales del pueblo, tales como el cura y sus vicarios, el subdelegado y su director, el alcahalero, el administrador de correos, tal cual tendero y otros señores decentes; y a todos ellos envié recado con el bueno de mi patrón y Andrés, ofreciéndoles mi persona e inutilidad.

Con la mayor satisfacción recibieron todos la noticia, correspondiendo cortesés a mi cumplimento, y haciéndome mis visitas de estilo,³⁵ las que yo también les hice de noche, vestido de ceremonia, quiero decir, con mi capa de golilla, la golilla misma, y mi peluca encasquetada, porque no tenía traje mejor ni peor; siendo lo más ridículo que mis medias eran blancas, todo el vestido de color y los zapatos abotinados, con lo que parecía más bien alguacil que médico; y para realzar mejor el cuadro de mi ridiculez, hice andar conmigo a Andrés con el traje que le compré, que os acordaréis que era chupa y medias negras, calzones verdes, chaleco encarnado, sombrero blanco y su capotillo azul rabón y remendado.

Ya los señores principales me habían visitado, según dije, y habían formado de mí el concepto que quisieron; pero no me había visto el común del pueblo vestido de punta en blanco³⁶ ni acompañado de mi escudero; mas el domingo que me presenté en la iglesia vestido a mi modo entre médico y corchete,³⁷ y Andrés entre tordo y perico, fue increíble la distracción del pueblo, y creo que nadie oyó misa por mirarnos; unos burlándose de nuestras extravagantes figuras, y otros admirándose de semejantes trajes. Lo cierto es que, cuando volví a mi posada, fui acompañado de una multitud de muchachos, mujeres, indios, indias y pobres rancheros que no cesaban de preguntar a Andrés quiénes éramos. Y él muy mesurado les decía:

—Este señor es mi amo, se llama el señor doctor don Pedro Sarniento, y médico como él no lo ha parido el reino de Nueva España; y yo soy su mozo; me llamo Andrés Cascajo y soy maestro barbero, y muy capaz de afeitar a un capón, de sacarle sangre a un muerto y desquijar a un león si trata de sacarse alguna muela.

Estas conversaciones eran a mis espaldas; porque yo, a fuer de amo, no iba lado a lado con Andrés, sino por delante y muy gravadoso y presumido, escuchando mis elogios; pero por poco me echo a reír a dos carrillos cuando oí los despropósitos de Andrés y advertí la seriedad con que los decía, y la sencillez de los muchachos y gente pobre que nos seguía colgados de la lengua de mi lacayo.

Llegamos a la casa entre la admiración de nuestra comitiva, a la que despidió el tío Bernabé con buen modo, diciéndoles que ya sabían dónde vivía el señor doctor para cuando se les ofreciera. Con esto nos dejaron en paz.

35. Visitas de cumplido.
36. Muy bien vestido.

37. Agente de la justicia.

De los medicillos que me sobraron compré, por medio del patrón, unas cuantas varas de *pontivi*,³⁸ y me hice una camisa y otra a Andrés, dándole a la vieja casi el resto para que nos dieran de comer algunos días, sin embargo del primer ajuste.

Como en los pueblos son muy noveleros, lo mismo que en las ciudades, al momento corrió por toda aquella comarca la noticia de que había médico y barbero en la cabecera, y de todas partes iban a consultarme sobre sus enfermedades.

Por fortuna, los primeros que me consultaron fueron aquellos que sanan aunque no se curen, pues les bastan los auxilios de la sabia naturaleza y otros padecían porque no querían o no sabían sujetarse a la dieta que les interesaba. Sea como fuere, ellos sanaron con lo que les ordené, y en cada uno labré un clarín a mi fama.

A los quince o veinte días, ya yo no me entendía de enfermos,³⁹ especialmente indios, los que nunca venían con las manos vacías, sino cargando gallinas, frutas, huevos, verduras, quesos y cuanto los pobres encontraban. De suerte que el tío Bernabé y sus viejas estaban contentísimos con su huésped. Yo y Andrés no estábamos tristes, pero más quisiéramos monedas; sin embargo de que Andrés estaba mejor que yo, pues los domingos desollaba indios a medio real, que era una gloria, llegando a tal grado su atrevimiento, que una vez se arriesgó a sangrar a uno y por accidente quedó bien. Ello es que con lo poco que había visto y el ejercicio que tuvo, se le agilitó la mano, en términos que un día me dijo: Ora⁴⁰ sí, señor, ya no tengo miedo, y soy capaz de afeitar al *Sursum corda*.⁴¹

Volaba mi fama de día en día, pero lo que me encumbró a los cuernos de la luna fue una curación que hice (también de accidente como Andrés) con el alcahalero, para quien una noche me llamaron a toda prisa.

Fui corriendo, y encomendándome a Dios para que me sacara con bien de aquel trance, del que no sin razón pensaba que pendía mi felicidad.

Llevé conmigo a Andrés con todos sus instrumentos, encargándole en voz baja, porque no lo oyera el mozo, que no tuviera miedo como yo no lo tenía; que para el caso de matar a un enfermo, lo mismo tenía que fuera indio que español, y que nadie llevaba su pelea más segura que nosotros; pues si el alcahalero sanaba, nos pagarían bien y se aseguraría nuestra fama; y si se moría, como de nuestra habilidad se podía esperar, con decir que ya estaba de Dios⁴² y que se le había llegado su hora, estábamos del otro lado, sin que hubiera quien nos acusara de homicidio.

38. Variedad de tela originalmente confeccionada en Pontivy, Francia.

39. Tenía muchos pacientes.

40. Ahora.

41. "Sursum corda" o "elevemos nuestros co-

razones", palabras que pronuncia el sacerdote al comenzar la misa. Expresión usada aquí como disparate por Andrés, quien cree que es el nombre de un personaje importante.

42. Que era la voluntad de Dios.

Es estas pláticas llegamos a la casa, que la hallamos hecha una Babilonia,⁴³ porque unos entraban, otros salían, otros lloraban y todos estaban aturridos.

A este tiempo llegó el señor cura y el padre vicario con los santos óleos.

—Malo—dije a Andrés;—ésta es enfermedad ejecutiva, aquí no hay remedio; o quedamos bien o quedamos mal. Vamos a ver cómo nos sale este albur.

Entramos todos juntos a la recámara y vimos al enfermo tirado boca arriba en la cama, privado de sentidos, cerrados los ojos, la boca abierta, el semblante denegrido y con todos los síntomas de un apoplético.

Luego que me vieron junto a la cama, la señora su esposa y sus niñas, se rodearon de mí y me preguntaron, hechas un mar de lágrimas:

—¡Ay, señor! ¿Qué dice usted, se muere mi padre? Yo, afectando mucha serenidad de espíritu y con una confianza de un profeta, les respondí:

—Callen ustedes, niñas, ¡qué se ha de morir! Estas son efervescencias del humor sanguíneo que oprimiendo los ventrículos del corazón embargan el cerebro, porque cargan con el *pondus*⁴⁴ de la sangre sobre la espina medular y la traquearteria pero todo esto se quitará en un instante, pues si *evaquatio fit, recedet plethora*, con la evacuación nos libraremos de la plétora.

Las señoras me escuchaban atónitas, y el cura no se cansaba de mirarme de hito en hito, sin duda mofándose de mis desatinos, los que interrumpió diciendo:

—Señoras, los remedios espirituales nunca dañan ni se oponen a los temporales. Bueno será absolver a mi amigo por la bula y olearlo, y obre Dios.

—Señor cura—dije yo con toda la pedantería que acostumbraba, que era tal que no parecía sino que la había aprendido con escritura;—señor cura, usted dice bien, y yo no soy capaz de introducir mi hoz en mies ajena; pero, *venia tanti*,⁴⁵ digo que esos remedios espirituales, no sólo son buenos, sino necesarios, *necesitate medii* y *necesitate praecepti in articulo mortis: sed sic est*,⁴⁶ que no estamos en ese caso; *ergo*, etc.

El cura, que era harto prudente e instruido, no quiso hacer alto⁴⁷ en mis charlatanerías, y así me contestó:

—Señor doctor, el caso en que estamos no da lugar a argumentos, porque el tiempo urge; yo sé mi obligación y esto importa.

Decir esto y comenzar a absolver al enfermo, y el vicario a aplicarle el santo sacramento de la unción, todo fue uno. Los dolientes, como si aquellos socorros espirituales fueran el fallo cierto de la muerte del deudo, comenzaron a aturdir la casa a gritos. Luego que los señores eclesiásticos concluyeron

sus funciones, se retiraron a otra pieza, cediéndome el campo y el enfermo.

Inmediatamente me acerqué a la cama, le tomé el pulso, miré a las vigas del techo por largo rato; después le tomé el otro pulso haciendo mil monerías, como eran arquear las cejas, arrugar la nariz, mirar el suelo, morderme los labios, mover la cabeza a uno y otro lado y hacer cuantas mudanzas pantomímicas me parecieron oportunas para aturdir a aquellas pobres gentes que, puestos los ojos en mí, guardaban un profundo silencio, teniéndome sin duda por un segundo Hipócrates; a lo menos ésa fue mi intención, como también ponderar el gravísimo riesgo del enfermo y lo difícil de la curación, arrepentido de haberles dicho que no era cosa de cuidado.

Acabada la tocada del pulso, le miré el semblante atentamente, le hice abrir la boca con una cuchara para verle la lengua, le alcé los párpados, le toqué el vientre y los pies, e hice dos mil preguntas a los asistentes sin acabar de ordenar ninguna cosa, hasta que la señora, que ya no podía sufrir mi cachaza, me dijo:

—Por fin, señor, ¿qué dice usted de mi marido, es de vida o de muerte?

—Señora—le dije,—no sé de lo que será; sólo que Dios puede decir que es de vida y resurrección como lo fue *Lazarum quem resuscitavit a monumento foetidum*,⁴⁸ y si lo dice, vivirá aunque esté muerto. *Ego sum resurrectio et vita, qui credit in me, etiam si mortuus fuerit, viviet*.⁴⁹

—¡Ay, Jesús! gritó una de las niñas, ya se murió mi padrecito.

Como ella estaba junto al enfermo, su grito fue tan extraño y doloroso, y cayó privada de la silla, pensamos todos que en realidad había espirado, y nos rodeamos de la cama.

El señor cura y el vicario, al oír la bulla, entraron corriendo, y no sabían a quién atender, si al apoplético o a la histérica, pues ambos estaban privados. La señora ya medio colérica, me dijo:

—Déjese usted de latines, y vea si cura o no cura a mi marido. ¿Para qué me dijo, cuando entró, que no era cosa de cuidado y me aseguró que no se moría?

—Yo lo hice, señora, por no afligir a usted—le dije,—pero no había examinado al enfermo *methodice vel juxta artis nostrae praecepta*, esto, con método o según las reglas del arte; pero encomiéndose usted a Dios y vamos a ver. Primeramente que se ponga una olla grande de agua a calentar.

—Esto sobra—dijo la cocinera.

—Pues bien, maestro Andrés—continué yo,—usted, como buen flebotomiano,⁵⁰ déle luego luego un par de sangrías de la vena cava.

43. Casa en desorden.

44. Peso.

45. Con su permiso.

46. Se necesitan esos remedios cuando el paciente está de muerte pero ése no es el caso.

47. Prestar atención.

48. Lázaro a quién El [Jesús] resucitó de la tumba fétida.

49. Yo soy la resurrección y la vida; todo el

que creyere en mí, aunque estuviere muerto, vivirá (Juan XI:25).

50. El que se ocupa de hacer sangrías.

Andrés, aunque con miedo y sabiendo tanto como yo de venas cavas, le
365 ligó los brazos y le dio dos piquetes que parecían puñaladas, con cuyo auxi-
lio, al cabo de haberse llenado dos borcelanas⁵¹ de sangre, cuya profusión es-
candalizaba a los espectadores, abrió los ojos el enfermo, y comenzó a cono-
cer a los circunstantes y a hablarles.

Inmediatamente hice que Andrés aflojara las vendas y cerrara las cisu-
370 ras, lo que no costó poco trabajo, tales fueron de prolongadas.

Después hice que se le untase vino blanco en el cerebro y pulsos, que
se le confortara el estómago por dentro con atole de huevos y por fuera con
una tortilla de los mismos, condimentada con aceite rosado, vino, culantro y
cuantas porquerías se me antojaron; encargando mucho que no lo resupina-
375 ran.⁵²

—¿Qué es eso de resupinar, señor doctor?—preguntó la señora. Y el
cura, sonriéndose, le dijo:

—Que no lo tengan boca arriba.

—Pues tatita, por Dios—siguió la matrona,—hablemos en lengua que
380 nos entendamos como la gente.

A ese tiempo, ya la niña había vuelto de su desmayo y estaba en la con-
versación, y luego que oyó a su madre, dijo:

—Sí, señor, mi madre dice muy bien; sepa usted que por eso me privé
endenantes,⁵³ porque como empezó a rezar aquello que los padres les cantan
385 a los muertos cuando los entierran, pensé que ya se había muerto mi padre-
cito y que usted le cantaba la vigilia.

Rióse el cura de gana por la sencillez de la niña y los demás lo acompaña-
ron, pues ya todos estaban contentos al ver al señor alcabalero fuera de ries-
go, tomando su atole y platicando muy sereno como uno de tantos.

390 Le prescribí su régimen para los días sucesivos, ofreciéndome a con-
tinuar su curación hasta que estuviera enteramente bueno.

Me dieron todos las gracias, y al despedirme, la señora me puso en la
mano una onza de oro, que yo la juzgué peso en aquel acto, y me daba al dia-
blo de ver mi acierto tan mal pagado; y así se lo iba diciendo a Andrés, el que
395 me dijo:

—No, señor; no puede ser plata, sobre que a mí me dieron cuatro pe-
sos.

En efecto, dices bien—le contesté. Y acelerando el paso llegamos a la
casa donde vi que era una onza de oro amarilla como un azafrán refino.

Preguntas

1. ¿Por qué Lizardi utilizó el modelo picaresco? ¿En qué aspectos se dis-
tancia su obra de este género?

51. Recipientes pequeños.

52. No ponerlo de espaldas.

53. Antes.

2. El neoclasicismo indica que la literatura debe "enseñar deleitando".
¿Cumple Lizardi con este postulado en *El Periquillo*?
3. ¿En qué medida introduce Lizardi elementos innovadores y subversi-
vos con respecto a la tradición literaria y a la sociedad de su época?
4. ¿Qué recursos literarios utiliza el autor para presentar a Periquillo?
5. ¿Cuál es la crítica más severa que Lizardi le hace a la sociedad mexi-
cana en este capítulo?